

Sor Juana ante Sigüenza, Altamirano y Rosas Moreno: del ataque a la vindicación

SERGIO LÓPEZ MENA

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

RESUMEN. Tomando como referencia un estudio de Francisco de la Maza sobre dos sonetos de Sor Juana, uno dirigido a Carlos de Sigüenza y Góngora y otro al padre Eusebio Kino, se confirma la ausencia de amistad profunda entre Sigüenza y Góngora y Sor Juana. También en un sector de la intelectualidad mexicana del siglo XIX hubo animadversión a la obra de la monja, motivada por el rechazo de la política liberal a la vida de la colonia, pero entre los escritores románticos se alcanzó la valoración del genio de Sor Juana, protagonista del drama *Sor Juana Inés de la Cruz*, de José Rosas Moreno, representado con éxito en el Teatro Principal la noche del cinco de octubre de 1876. Constituyó dicha obra una vindicación de Sor Juana, injustamente impugnada tanto por Sigüenza y Góngora como por Altamirano.

Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz fueron las figuras más notables de la cultura novohispana de la segunda parte del siglo XVII; dos cumbres de la inteligencia relacionadas por una amistad que tuvo sus aristas. Ya Francisco de la Maza, en opúsculo publicado en 1970 habló de dos pasajes de la amistad-enemistad entre ellos (Maza 1970 38). Los recelos, la mordacidad, la ironía y el ingenio marcaron esa relación, desentonante en el cuadro visto por quienes nos acercamos a las figuras de la Colonia, lejanas y cubiertas por un velo de bondad.¹ Dice Francisco de la Maza:

¹ Constituye una novedosa explicación de la poesía de Sor Juana, tomando en cuenta sus atrevimientos en el trato con la corte virreinal, el texto de Alessandra Luiselli "Sobre el peligroso arte de tirar el guante: la ironía de Sor Juana hacia los virreyes de Galve", en *Los empeños* (93-144).

No hay duda que las dos luminarias intelectuales del siglo xvii mexicano, Sor Juana Inés de la Cruz y don Carlos de Sigüenza y Góngora fueron amigos, pero el que lo hayan sido “cordialísimos” y sin la menor sombra de choques y celos, ya no es tan indudable.

Todos los sorjuanistas han descansado en esta amistad ejemplar y como no han visto la menor nubecilla que la oscureciera, menos vieron una tempestad —en un vaso de agua, pero tempestad— que una vez se suscitó entre estos dos ilustres amargados (1).

De la Maza estuvo convencido de que la amistad entre Sigüenza y Góngora y Sor Juana existió, y fue sincera, pero en su opúsculo aclara que ésta se vio empañada seriamente por resentimientos, flaqueza tan humana y que puede ocurrir en cualquier amistad. De la Maza analiza los sonetos “Dulce, canoro cisne mexicano” y “Aunque es clara del cielo la luz pura”, ambos escritos por Sor Juana; el primero, para ensalzar a Sigüenza y Góngora; el segundo, para elogiar al padre Kino, antagonista intelectual del sabio mexicano. De la Maza deshace el juicio de Alfonso Méndez Plancarte —“siempre tan piadoso con los antiguos y no tanto con los modernos”—, quien había escrito que el soneto “Dulce, canoro cisne mexicano” estaba exento de ironía: “No ironía (insospechable en la mutua o cordialísima estimación de Sor Juana y don Carlos), sino ilustre lección de respeto a quien lo merece”. Pero esas palabras, dice de la Maza, no le salieron a Méndez Plancarte “nada más porque sí”. De la Maza concluye sus observaciones sobre el citado soneto con una gran verdad: “Nunca hay que hablar de algo ‘insospechable’ en las relaciones literarias, tan apasionadas, o más, que las simples humanas”. Al hablar del soneto “Aunque es clara del cielo la luz pura”, de la Maza revisa diversas opiniones que se han externado acerca del mismo, y concluye que sí hubo en Sor Juana, al escribir esos poemas, una reacción a los juicios que don Carlos de Sigüenza y Góngora había expresado acerca de los motivos literarios de la monja, mismos a que alude de la Maza en su opúsculo.

En cambio, no pudo defenderse Sor Juana de los ataques que a su gongorismo hicieron en el siglo xix autores tan importantes

como Ignacio Manuel Altamirano, el gran maestro de la cultura nacional decimonónica. En su famosa "Carta a una poetisa", Altamirano escribía:

Pero antes que todo, hay que dejar el discreteo y la palabrería inútil. Por eso no seré yo quien recomiende a usted a nuestra Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra Décima Musa, a quien es necesario dejar quietecita en el fondo de su sepulcro y entre el pergamino de sus libros, sin estudiarla más que para admirar de paso la rareza de sus talentos y para lamentar que hubiera nacido en los tiempos del culteranismo, de la Inquisición y de la teología escolástica. Los retruécanos, el alambicamiento, los juguetes pueriles de un ingenio monástico y las ideas falsas, sobre todo, hasta sobre las necesidades físicas, pudieron hacer del estilo de Sor Juana el fruto doloroso de un talento mártir, pero no alcanzaron a hacer de él un modelo. De todos los peligros que ella y otras han corrido, puede usted librarse con sólo buscar la inspiración en la naturaleza (Maza 1980 393).

Las palabras de Altamirano, ciertamente difíciles de aceptar en una primera lectura, mellan su filo al explicárnoslas como expresión de una cultura que intenta romper con el pasado colonial, y que en el intento llega a desconocer valores innegables del pasado, como Sor Juana. El México republicano es creación de Juárez y de los liberales de la Reforma, entre los que Altamirano figura en primerísimo término (Justo Sierra sería, acaso, su mejor discípulo). La república se construyó a partir de negaciones: negación del virreinato, rechazo de imperios; en suma: división de la realidad en una parte buena y otra mala, para justificar una elección. En el prólogo a *El romancero nacional*, de Guillermo Prieto, Altamirano atacó el *delirium tremens* del gongorismo, como él llamaba a la producción literaria de nuestro siglo XVII. A ese gongorismo de excesos formales e imaginativos pertenecía Sor Juana, lo que la hacía desdeñable. No vio parte de la producción de Sor Juana tan fresca, tan de compromiso con la sociedad como los villancicos que la monja escribió, textos en los cuales frecuentemente vemos hablar y cantar a los más desgraciados de la sociedad novohispana, los negros.

Pero no hubo en el siglo XIX mexicano sólo voces negando el valor de Sor Juana. El 12 de noviembre de 1874, el Liceo Hidalgo, con la participación de José María Vigil, José Rosas Moreno y otros, se le rindió homenaje, revalorándola a partir de uno de los postulados más caros al romanticismo: la defensa del genio, es decir, de la inteligencia y de las ideas. Rosas Moreno leyó entonces una composición que terminaba:

El barro que su espíritu envolvía,
al sepulcro se hundió, pero su genio,
sublime y poderoso,
magnífico fulgura;
que el genio, como el sol esplendoroso,
tras de la noche oscura,
aparece más claro y más hermoso.
Fuego inmortal, sublime, indeficiente
en su divina esencia se atesora,
y entre las tristes nieblas de Occidente
halla los rayos de su nueva aurora.

La mágica cantora,
ave de nuestros bosques silenciosos,
bajó a la tumba umbría;
pero su dulce acento,
en su blando rumor repite el viento,
y su canto resuena todavía.
Su genio ilustre vive y en la historia
su nombre resplandece
como el astro más bello de la gloria.

Venid, ¡oh ninfas bellas!
del Anáhuac hermoso, y de las flores
que guarda este vergel de los amores
cortad las más fragantes
y con ellas formad una diadema;
unid al mirto y perfumada rosa
y al blanco lirio, de la dicha emblema,
de frondoso laurel hoja lozana,
y ornemos el altar que agradecida
hoy levanta la patria conmovida

a la Décima Musa mexicana
(Maza 1980 510-511).

Sor Juana le había dicho a Sigüenza y Góngora “canoro cisne mexicano”, en alusión al nacionalismo que ya se incoaba en la mente del sabio. Ahora Rosas Moreno, y con él los poetas de nuestro romanticismo, liberal, republicano, la llaman a ella “Décima Musa mexicana”. Porque la cultura nacional aceptó finalmente construirse aprovechando las ruinas de los edificios que había destruido.

No fue ésa la única ocasión en que Rosas Moreno rindió homenaje a Sor Juana. Hemos de corregir el libro de Francisco de la Maza, *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia*, en el que se afirma:

Sabemos que el poeta José Rosas Moreno escribió un drama llamado *Sor Juana Inés de la Cruz* y que fue estrenado el año de 1876 en el teatro llamado de Nuevo México y por la compañía de Enrique Guasp de Pérís, pero ni el drama se imprimió ni ha aparecido manuscrito. Quede siquiera la mención de que hubo una obra de teatro inspirada en Sor Juana. Fue en tres actos y en verso (519).

Dicha obra sí se imprimió. Figura en el *Calendario de la antigua casa de Murguía para 1882*.

Rosas Moreno tejió el argumento de su drama en torno a las razones que pudo tener Juana de Asbaje para ingresar a la vida religiosa. Nos presenta a la hermosa Juana Inés en los precisos momentos en que acaba de entrar a vivir en palacio como dama de honor de la Condesa. La de Nepantla vivirá allí el desengaño de sus amores, pues estaba enamorada nada menos que de quien llegaría a ser el virrey de Nueva España, desde cierta ocasión en que éste, pasando por Nepantla, la había librado de la violencia de don Diego de Illescas. De aquel suceso conservaba Juana Inés una rosa que el Conde de Mancera le había dado en señal de afecto, según narra en una de las escenas a su amiga y protectora, María Luisa, Condesa de Paredes:

Inés. Señora, la historia mía
 encierra tristes memorias,
 cual las que guardan historias
 de andante caballería:
 cual semidiós inmortal
 de los que Homero ha pintado,
 a mi doncel adorado
 mi hermoso valle natal
 miré cruzar una vez.
 Jamás su recuerdo pierdo;
 palidezco a su recuerdo:
 contemplad mi palidez.
 Era una tarde: volaba
 negra tormenta y rugía;
 sus ojos el sol cubría
 y el cielo ciego quedaba.
 A mis padres, ¡ay de mí!,
 de amor y ambiciones ciego
 quiso robarme don Diego.

Luisa. ¿Don Diego de Illescas?

Inés. Sí.

Luisa. ¡Perverso!

Inés. Y torpe y crüel.

Luisa. Prosigue.

Inés. Asíome en sus brazos...

Luisa. ¡Infame!

Inés. De aquellos lazos...

Luisa. ¿Te arrancaron?

Inés. Era él.

Combatieron con ardor;
 rayos eran las miradas,
 eran rayos las espadas,
 era rayo su furor.
 Huyó don Diego cobarde,
 y como en bronce grabada
 queda la historia pasada,
 quedó en mi pecho esa tarde.
 El de sus ojos la viva
 llama en mis ojos fijó,
 y no bien me libertó,
 de amor me dejó cautiva.

Su favor le agradecí,
y aunque verle no quería,
amor él en mí veía.
Yo amor en sus ojos vi.
Mi mirada, entre sonrojos
le reveló mi pasión,
que cuando habla el corazón
no pueden callar los ojos.

Luisa. ¿Desde entonces?

Inés. Por él lloro.

Luisa. ¡Ah, Juana Inés!

Inés. Y sin calma,
vivo sin él, y sin alma,
que es el alma en quien adoro.

Luisa. ¿Le has vuelto a ver?

Inés. El ingrato
partió lejos de mi amor;
diome en prendas esta flor
y yo le di mi retrato;
él comprendió en mi ansiedad
que era mi gloria, mi aliento,
mi ambición, mi pensamiento,
mi dicha, mi eternidad...
Pero el alma un mal presiente
al ver que flor marchitada,
flor en cenizas tornada,
es prenda de fuego ardiente.
Aunque alejose crüel,
vive siempre en mi memoria,
y es mi ventura, la gloria
de que padezco por él.
Desde que le amo, percibo
grandeza en mis pensamientos,
aliento con dos alientos,
con dos existencias vivo:
su recuerdo me acompaña.

Juana de Asbaje, desengañada, pues su amor es imposible, decidirá entonces entregarse a Cristo, en momentos en que su pretendiente, Nuño de Alba, espera que el padre de Sor Juana y el virrey se la den como esposa:

- Pedro. *(A Inés.)* Pide D. Nuño tu mano,
y si otorga su licencia,
cual lo espero, Su Excelencia...
(El virrey vacila; Luisa le mira suplicante.)
- Virrey. *(Con un esfuerzo.)* La otorgo.
- Luisa. *(Con alegría.)* ¡Dios soberano!
(estrecha las manos del virrey, éste la abraza)
- Nuño. *(A Inés.)* Respuesta aguardo de vos.
- Inés. *(Con solemnidad.)* Ya tengo mi esposo.
- Pedro. ¡Inés!
- Virrey. ¡Ah! *(Quiere avanzar hacia Inés. Luisa lo detiene, con cariño.)*
- Nuño. Y ese esposo, ¿quién es?
- Inés. Mi esposo, don Nuño, es Dios.
- Nuño. Pienso, Juana, que hacéis mal.
- Inés. Mi esposo es santo, inmortal.
¿Tenéis celos?, ¿tenéis celos?
¿Quién es aquí su rival?
(Saca la rosa y la rompe.)
Te deshojo, pobre flor, *(llora)*
con sentimiento profundo,
cual se deshoja mi amor...
- Luisa. ¡Juana Inés! *(Con ternura.)*
- Inés. Huya el dolor, *(serenándose)*
huya el llanto, y huya el mundo.
(Se arrodilla y alza la mirada al cielo:)
Mi cruz, Señor, tomaré;
tú eres mi gloria, mi luz;
yo tu ejemplo imitaré,
y desde hoy me llamaré
Sor Juana Inés de la Cruz.

La representación del drama *Sor Juana Inés de la Cruz* en el Teatro Principal de la Ciudad de México —Francisco de la Maza afirma que la representación se llevó a cabo “en el teatro llamado de Nuevo México”, pero su información no es correcta—² constituyó un éxito y que con ella se apuntó un sonado

² La noticia sobre la representación de Sor Juana Inés de la Cruz fue anunciada así en la prensa de la Ciudad de México: “TEATROS. TEATRO

triunfo la compañía de Enrique Guasp de Pérís, actor español a cuyo cargo estuvo el papel del Conde de Mancera y empresario que recibía una subvención del gobierno para llevar a escena obras de dramaturgos mexicanos. Actores, vestuario, escenografía, declamación, y no en menor grado el público, contribuyeron al éxito.

Los cuadros presenciados por los asistentes al teatro esa noche del cinco de octubre de 1876 fueron escenas de amores suspirantes, lamentos de martirio amoroso, intrigas y choques de espadas. En el centro de todo, Juana Inés, aleccionando acerca de la rosa y de la mujer, condenadas, por bellas, al sufrimiento. Con estos ingredientes, autor y actores retuvieron la atención del público hasta la última escena, rubricada con aplausos.

Varios años después de la representación de *Sor Juana Inés de la Cruz*, los editores del *Calendario de la antigua casa de Murguía* decían ignorar en qué se había basado el autor para escribir este drama, en el que Rosas Moreno hace aparecer como causa de la decisión de Juana Inés de entrar al convento el desengaño amoroso.³ Podríamos contestar que no hay en esa obra una biografía sino la recreación de hechos que sólo persiguen estar en consonancia con la verdad imaginada.

En *Sor Juana Inés de la Cruz*, Rosas Moreno escribió una historia que el público romántico dio por buena. Y ésto sucedió porque hubo una actualización del drama existencial de Sor Juana. Rosas Moreno nos dejó cuadros, personajes y parlamentos en los que el público decimonónico se reflejaba creyendo que asistía sólo a la representación de escenas del siglo XVII. La

PRINCIPAL. COMPAÑÍA DRAMÁTICA DIRIJIDA (SIC) POR ENRIQUE GUASP DE PERIS./ Segunda función del décimo abono para la noche del jueves 5 de Octubre de 1876, a las ocho y media en punto. Estreno del drama mexicano en tres actos y en verso, *Sor Juana Inés de la Cruz*./ Terminará la función con la graciosísima pieza en un acto, la cual lleva por nombre *De Asistente a Capitán* (*El Monitor Republicano* 40, 1876): 4. *Sor Juana Inés de la Cruz* se volvió a representar en el mismo teatro el domingo 8 del mismo mes, a las cuatro de la tarde.

³ El padre Calleja, en su célebre —y poética— biografía de Sor Juana dice que ésta decidió entrar al convento por amor al estudio. P. Diego Calleja. *Vida de Sor Juana*.

fuerza del destino, de la pasión, y el sufrimiento obligado, eran también tópicos muy familiares a la sociedad del siglo XIX. El mismo Rosas Moreno hizo de la desgracia su vocación. Él, como su gran amigo Juan Valle, el poeta ciego de Guanajuato, y como los demás autores románticos —Acuña, el primero—, estaba convencido de que vivir era apurar los tragos del desengaño. Una verdad que se sabía muy bien Sor Juana.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

CALLEJA, DIEGO. *Vida de Sor Juana*, Anotaciones de E. Abreu Gómez. México: Antigua Librería Robrero, 1936.

FERNÁNDEZ, SERGIO, Comp. *Los empeños. Ensayos en homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz*. México: UNAM, 1995.

MAZA, FRANCISCO DE LA. *Sor Juana y don Carlos. Explicación de dos sonetos hasta ahora confusos*. México: s.p.i, 1970.

———. *Sor Juana Inés de la Cruz guas. La Fama de 1700. Noticias de 1667 a 1892*. Revisión de Elías Trabulse. México: UNAM, 1980.